

La «perfección» humana

Hay algo que siempre me ha llamado poderosamente la atención. Es la contradicción de los que, llamándose inteligentes, ponen en duda e incluso niegan de plano la existencia de Dios definitivamente, sin esperar argumentos o explicaciones de los fenómenos que concurren en La Creación. Sin pretender saber más de la cuenta, me doy cuenta de que en estas personas actúa algo más que el convencimiento o la razón que es tan invocada por ellos. Hay un componente de rebeldía para aceptar a Dios, y esto les lleva a no querer racionalizar la existencia del Universo como creado por un ser o un «ente» (esto último lo concedo para la discusión), que ordena y gobierna los movimientos de todo lo existente.

Detrás de esta postura, creo que subyace una negativa a incorporarse a la Iglesia de Jesucristo, que es la que con insistencia y razón preconiza la existencia y presencia de Dios en el Espíritu del hombre. Tal vez por intereses, por exceso de espíritu crítico, resentimiento, o auto complaciente (y soberbia) integridad, quieren mirar una Iglesia arregladita donde todos se comporten como ángeles, y no como seres humanos que sudan y huelen y tienen defectos; algunos estamos ya deformados por la vejez o la enfermedad, y todos no somos precisamente un dechado de rectitud.

Algunos se cambian de Iglesia, sin pensar que cuando entren en otra asamblea llevan allí su personalidad, sus defectos y tendencias; justamente como pasa con los demás. La Iglesia entonces, no es tan perfecta como quisieran estas «rectas almas», y por tanto no es merecedora de su aquiescencia, ni su presencia, ni su reconocimiento. Se puede uno ir a la tundra o al Pacífico, a muchas millas de nuestro lugar, pero allí nos acompañará también nuestra persona, nuestras lacras, y nuestras virtudes o defectos.

Cuando veamos a la verdadera Iglesia, con fallos y algunas cosillas que no nos gustan, entendamos que nosotros tampoco gustamos a todos y, sin embargo se nos acoge, aun conociendo nuestra condición carnal o nuestra acendrada espiritualidad. O tal vez por eso mismo para ampararnos y restaurarnos en el nombre de Dios y su Cristo. En ella se dan las envidias, aunque existan larvadas en el interior de las personas, pero a pesar de todo, con la acción del Espíritu, pueden ser sublimadas y puestas a los pies de Dios. También estas cosas sirven para domeñar nuestro rebelde espíritu, y para mirarnos a nosotros mismos si estamos en la fe. Es exactamente lo que pide el apóstol a los de la iglesia local de Corinto: *Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?* (1ª Corintios 13:5)

Rafael Marañón

El camello y la pulga

Al que ostenta valimiento
Cuando su poder es tal
Que ni influya en bien ni en mal,
Le quiero contar un cuento:

En una larga jornada
Un camelo muy cargado
Exclamó ya fatigado

¡Oh Que carga tan pesada!

Doña pulga, que montada
Iba sobre él, al instante
Se apea y dice arrogante
¡Del peso te libro yo!

Y el camello respondió:
¡Gracias señor elefante!

Félix de Samaniego